



Luis Loayza dedica buena parte de su quehacer literario a aproximarse a ciertos aspectos de nuestra tradición literaria, más alimentada de mitos personales que de evidencias estéticas. En esa dirección, la lectura que hace de la relación entre la profesión de escritor y la obra de Abraham Valdelomar resulta iluminadora en más de un aspecto.

- ÁLVARO SARCO (*)

El Oficio de escri-



Luis Loayza afirma en su ensayo "El joven Valdelomar" que "la sociedad peruana no permite, por razones fundamentalmente económicas, la profesión literaria. La mayoría de los escritores en actividad suelen ser muy jóvenes y, como Valdelomar, se ganan la vida en algo que no es literatura: el periodismo, la enseñanza, un trabajo cualquiera que les deje un poco de tiempo para escribir". Es lícito preguntarse ahora si el señalamiento que hiciera Loayza sobre el destino de los "escritores" es un lastre privativo de la "sociedad peruana" o, por el contrario, un rumbo que no tiene nada de peculiar y que no necesariamente tendría que ser tomado negativamente.

Pero vayamos por partes. En principio, hay una precisión ausente en el aserto de Loayza. Me refiero a lo que él denomina "profesión literaria" y a los llamados "escritores". Si al referirse a la "profesión literaria" Loayza pensaba en los que están inmersos en los estudios literarios, es claro que, en efecto, lo más idóneo para ellos sería contar con el tiempo, los recursos y un medio estimulante (en el sentido de competente) que les permitan entregarse a sus reflexiones en torno a lo "literario". Como se sabe, todo lo último no es lamentablemente norma en nuestro medio, ya que las urgencias económicas impelen a la mayoría de los que se dedican a tales estudios a entregarse a tareas supuestamente "afines", pero que en el fondo le sirven en sus teorizaciones tanto como podría ayudarle, en su afianzamiento profesional, a un ingeniero enseñar ra-

zonamiento matemático en un colegio o academia.

Hasta ahí uno no podría estar sino de acuerdo con Loayza. Pero si, por el contrario, el autor de *Una piel de serpiente* se estaba refiriendo al "escritor de ficciones", entonces aparecen ante nuestra vista una serie de zonas oscuras.

En tal sentido, uno empieza por preguntarse por qué tendría que ser un obstáculo o perjudicial para la obra de un poeta o narrador actividades como el periodismo, o incluso algunas otras aparentemente disímiles con el ejercicio del "escritor". Los contraejemplos al punto de vista de Loayza abundan. Ahí está Jack London, un trotamundos que alguna vez llegó incluso a practicar el contrabando, o un Hemingway o Faulkner, que entre una infinidad de oficios, abrazaron el periodismo no sólo como un modo de subsistir, sino también como un medio donde ejercitarse. Asimismo, lo hicieron, por estos lares, Onetti, Ribeyro y García Márquez. O Raymond Carver, que hizo de su inestabilidad laboral y su alcoholismo un motivo central de su notable narrativa. Y esto sólo para mencionar a los escritores que acudieron primero a la memoria, porque a decir verdad, los contraejemplos se multiplicarían en cuanta región o tradición uno siga poniendo

la mira.

El que un escritor pueda vivir exclusivamente de sus ficciones está condicionado a factores que van desde lo que se ha llamado el "azar", el talante del escritor, hasta las prácticas racionales que esgrime "persuasivamente" el mercado. Allan Poe trató de vivir fundamentalmente de sus creaciones y fracasó estrepitosamente, arrastrando con él a su familia a la más desastrosa miseria. En cambio, un Maupassant pudo desembarazarse de su burocrático empleo y vivir prósperamente sólo de la

ca Láinez o Borges (tan admirado por Loayza), es evidente que este tipo de narrador sí necesitaría casi de las mismas condiciones para su desempeño que las que señalamos para el hombre abocado a los estudios literarios. Es difícil concebir a alguien que intente hacer seriamente literatura con referentes en la mitología, filosofía, historia o alguna otra área del saber, y que a la vez tenga poca disponibilidad para informarse debido a sus recargadas tareas laborales.

Curiosamente, párrafos de a la la imdelo-clusi- profesca causpro- idas: Valdecasó, or falento or inre z. rores s de s jó- que escritor olegan menos desos a (al o, fallo y decirlo dejar-



Loayza parece explicar mejor el consenso crítico que sobre la obra de Valdelomar existe: salvo algunas piezas de poesía y narrativa bien logrados, el conjunto de su obra no pasa de anunciar un trabajo entrevisto como sobresaliente y que la muerte truncó.

(*) Narrador. Estudió Literatura en la UNMSM.